





# EL GRITO DE LAS CARACOLAS



Pascual Fernández Espín

# EL GRITO DE LAS CARACOLAS



Primera edición: septiembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pascual Fernández Espín

ISBN: 978-84-19439-38-3

ISBN digital: 978-84-19439-39-0

Depósito legal: M-22374-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Es una locura odiar a todas las rosas porque una te pinchó*  
(ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY, *El Principito*)





## PRÓLOGO

La idealizada huerta sultana que se describe en el himno a Murcia, de Pedro Jara Carrillo, nada tiene que ver con la dura vida de aquellos huertanos que, con mucho esfuerzo y sacrificio, sacaban adelante a sus familias trabajando la tierra de sol a sol. Gente humilde, sencilla, siempre a merced de otros más poderosos y, lo que era peor, de los elementos incontrolables de la naturaleza, donde el río Segura, «ese lobo se comerá a la oveja», como san Vicente Ferrer predijo el 1411 a su paso por Murcia, era una parte fundamental de sus vidas, pues no en vano, sin agua, poco podían desarrollarse los cultivos. Por contrario, esa misma agua transformada en furiosa riada, aunque por todos los rincones de la huerta sonasen los gritos de las caracolas dando la alarma, las desbocadas aguas del río Segura terminaban por llevar a la huerta el caos, olas de destrucción masiva que no solo acababan con sus cosechas, también lo hacían con sus casas, con sus animales, incluso con su propia existencia, arrebatándoles lo poco que tenían los huertanos o simplemente cambiando sus vidas para siempre. Como ocurre con los personajes fundamentales de la novela de Pascual Fernández Espín, *El Grito de las Caracolas*.

Una huerta donde las diferencias sociales, las miserias humanas y las envidias también estaban muy presentes, y así podrán comprobarlo los lectores a lo largo de esta historia. Más aún, en aquella Murcia de postguerra civil española del 1936, que es la parte histórica donde se desarrolla la trama, el agua del río Segura siempre estaba presente, dando vida o arrastrando —nunca mejor dicho— a sus personajes a un futuro incierto.

Lo que Pascual nos ofrece en esta novela es una mezcla explosiva donde se combina realidad con ficción, una mezcla peligrosa como las armas que se disparan en ella, armas que hieren, que matan y marcan destinos. También explosiva como el amor existente entre algunos de sus personajes; explosiva, así mismo, como el golpe de la riada contra las casas de los huertanos; explosiva como los barrenos de dinamita que horadaban la dura roca del entorno del Cenajo, y explosiva como la belleza de algunas de las protagonistas que transitan abiertamente por las páginas de la obra.

Una historia donde los personajes no solo son arrastrados por la furia del agua, también lo son por la furia del odio, del rencor; incluso arrastrados por el amor tierno y apasionado que se profesan ciertos protagonistas. Situaciones estas que, habiendo sido mezcladas magistralmente por el autor de la novela, hacen que cada pieza del mecano encaje perfectamente en la posición adecuada del tablero de la vida.

Además de la riqueza descriptiva de la obra, habría que destacar la enorme labor de investigación que hay tras ella, pues, aunque sea una evidencia que se trata de una ficción, no es menos cierto que la historia se desarrolla en un momento histórico muy concreto, el de la España de la postguerra, con el régimen dictatorial del general Franco como gran protagonista, en torno a un hecho muy particular como fue la construcción del pantano del Cenajo y todo lo que orbitaba alrededor de él. Hechos, situaciones, escenarios que el autor ha ido tejiendo con pulcritud cirujana a fin de crear la atmósfera y el escenario preciso donde desarrollar la trama por la que transitan los distintos personajes. Faceta investigadora que no me sorprende del autor, pues precisamente conocí a Pascual no como escritor, sino como investigador, al ponerse en contacto conmigo para que lo asesorase sobre un trabajo de investigación que llevaba entre manos y que terminó publicándose en un congreso internacional sobre imaginaria religiosa, siendo ahí donde pude comprobar su habilidad y meticulosidad para indagar sobre un tema en concreto, algo que evidentemente se aprecia en el interior de las páginas de esta novela.

Una trama que podríamos decir que se desarrolla entre las calles de aquella Murcia de postguerra y el entorno del pantano del Cenajo. Una obra de ingeniería que seguramente el lector valorará de otro modo bien distinto a raíz de la lectura de *El grito de las caracolas*, pues tal y como podrá ir comprobando, hay mucho trasfondo sobre todo lo que rodeó la ejecución de esta presa tan emblemática para Murcia tanto por el momento sociopolítico en el que se llevó a cabo como por todo lo que significó para los que allí trabajaron e incluso dejaron su vida, ya fuesen trabajadores libres, libertos o prisioneros redimiendo pena.

No quisiera extenderme más ni tampoco que se me escapase algún detalle que pudiese desvelar (*espoilear*, se dice ahora) lo que las siguientes páginas deparan, ya que me parecería un error por mi parte. Solo espero que el lector disfrute de esta historia tanto como yo lo he hecho, quedándome o subrayando, todo lo que he aprendido —gracias a su lectura— sobre la construcción del pantano del Cenajo, algo que me parece muy interesante de cara a valorar y juzgar, con objetividad, un momento muy concreto de la historia de España, y de Murcia en particular.

*El Grito de las Caracolas* es todo un relato de acción, suspense, amor y drama, que bien podría convertirse en el guion de una película, ya que argumento hay de sobra para ello.

### JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ LABAÑA

Licenciado en Bellas Artes, con la especialidad en Conservación y Restauración de Obras de Arte por la Facultad de Bellas Artes de San Carlos de Valencia (Universidad Politécnica de Valencia). Máster en Restauración del Patrimonio Histórico (Universidad Politécnica de Cartagena) y actual doctorando en la Universidad de Murcia, en el área de Arte y Humanidades.

Restaurador de obras de arte desde hace veinticinco años, veinte de ellos en el Centro de Restauración de la comunidad autónoma de la Región de Murcia. Presenta un extenso currículum en cuanto a conferencias, artículos y publicaciones, todas ellas centradas en la escultura en madera policromada murciana, campo en el

que, desde hace casi diez años está desarrollando una intensa labor de investigación en torno al sistema constructivo de los diferentes escultores que trabajaron en Murcia desde finales del siglo XVII hasta el siglo XIX.

Juan Antonio Fernández Labaña es una persona inquieta, y como tal, muy creativo, ya que también se desarrolla en otros campos ilustrativos, como la pintura y la fotografía, eligiendo casi siempre la temática cofrade como referencia.

## CAPÍTULO I

Todo comenzó al arrebolarse el día, cuando de espaldas a la salida del sol y con el carro cargado hasta la collera, el carretero y su hijo llegaron a las inmediaciones de la plaza de asentadores de San Andrés, en la capital murciana.

—¡Sooooo! —gritó el carretero, enfundado en el amplio blusón negro que anudaba bajo el vientre. A esas horas de la madrugada el pañuelo atado en torno a la cabeza, pese al fresco que viajaba por el ambiente, lo llevaba como el resto de su cuarteado rostro, empapado y lustroso.

Se situó frente a los dos animales enganchados al carro y, cogiendo a ambos mulos de la cabezada, fue agitando las riendas, tratando de conseguir que retrocedieran hasta enfocar el carro frente al muelle de descarga de la lonja con la intención de que en cuanto abrieran las puertas fuese uno de los primeros en descargar. Una vez conseguido su propósito, frente a los mulos, que pafaban jadeantes y con la boca llena de espuma, gritó:

—¡Curro!, echa el torno para que no se mueva el carro y espera aquí mientras voy en busca del asentador del mercado. A ver cómo tiene hoy don Jesús el ánimo y la vergüenza, pero sobre todo a ver cómo tiene la faltriguera. Espero que los tomates de Muchamiel de hoy los pague mejor que la semana pasada. Menuda sabandija está hecha. Últimamente está de un subidón que da asco, después de ponerme el precio de los tomates casi dos reales menos en kilo. Esponjado de prepotencia y orgullo, llegó un momento en que me

llegó a insinuar que si no aceptaba el precio de los tomates, por la puerta se salía a la calle.

—¡Será cerdo el tío! —replicó su hijo Curro con el ceño fruncido—. Un día de estos me lo voy a echar a la cara y le voy a aclarar algunas cosillas.

—¡Calla, calla! Eso faltaba. Ni se te vaya a ocurrir decirle nada, es que ni tan siquiera ponerle mala cara, no sea que empeore la situación.

Juancho estaba harto de reírle las gracias al asentador de la lonja sin que le rechinaran los dientes; estaba harto de escuchar con atención de alumno sus proezas en cama ajena con la sonrisa en los labios y, para más concesiones, sin nada a cambio. En los últimos tiempos, cada vez que venían a descargar a la lonja, el muy rastrero de don Jesús, si bien solía pedirselo como favor, sabía que negarse a transportar de forma gratuita cinco o seis cajas de tomates y hortalizas a su hermano al puesto de frutas y verduras que tenía en el Mercado de Verónicas podía significar una bajada de precios considerable en el siguiente viaje y, aunque le molestase ser pisoteado en su autoestima, de una carga de tomates a otra, dependiendo del estado de ánimo de don Jesús, podría haber una diferencia en el precio de casi el doble, de ahí que, aunque le reconcomieran las tripas por dentro, tenía que ponerle buena cara al sabandija, escuchar sus chistes sin gracia con una carcajada o poner atención ojiplática a sus chismes de alcoba, ya que del sujeto dependía que la carga del día mereciese la pena.

Curro, siempre en silencio, escuchaba a su progenitor encendido por la ira, negando con la cabeza una situación que no terminaba de convencerle, pero su padre se había acostumbrado a que le acompañase los días de mercado y al chavalón le gustaba, sobre todo porque se sentía más hombre que edad tenía.

El imberbe Curro, mocetón de anchas espaldas y reciedumbre atlética, enjuto de cuerpo y respiración sonora, habitualmente vestía el rostro de una seriedad impropia de su edad. Quizá las reiteradas conversaciones en torno al hogar de la cocina, donde

el cabeza de familia, con palabras y gestos que desprendían experiencia mundana, desgranando historias vividas frente a charlatanes y gente zafia, forjaban a su hijo de una adultez impropia de su edad. También era de la misma opinión don César, el maestro de escuela que todos los martes y jueves daba clases en los bajos del ayuntamiento a los jóvenes que habían perdido el tren del colegio, casi siempre por necesidad, al tener que ayudar al mantenimiento familiar a temprana edad, o simplemente porque no habían tenido la posibilidad de ir a un colegio cuando por edad les correspondía. La opinión de don César, cuando opinaba de Curro como persona o como estudiante siempre era positiva, como se lo había manifestado a sus padres en más de una ocasión. Pese a que muchas veces el muchacho miraba la realidad a través del cendal de lo espontáneo, lo consideraba respetuoso y adulto, además de estar dotado de una mente prodigiosa capaz de llenar de razonamientos sólidos y concretos cualquier clase a la que él asistiese; obviamente, mucho más capaz e inteligente que el resto de alumnos de su clase. Bien era verdad que las clases impartidas por don César siempre empezaban con el mismo mensaje. No se sabía muy bien si era por guardar las apariencias de adhesión inquebrantable al Movimiento Nacional o por simple convencimiento político, lo cierto era que sus alumnos se sabían de memoria los comienzos de sus famosas clases.

—Jovenzuelos, tened en cuenta que hace apenas unos años España era un caos, mal gobernada y con mucha violencia en las calles. Raro era el día en que en algún rincón de la capital o de la Región no hubiese tiros o puñaladas, hasta el punto era así que lugares tan sagrados como las iglesias fueron pasto de la llama prendida por el violento...

—Ahora viene lo de Franco —cuchicheó Chéncho en el oído de Pedrín.

—Poned atención, que mi tiempo es oro, y tú, Chéncho, más vale que prestes más atención durante las clases y copies el comportamiento de tus compañeros. Como iba diciendo, para acabar

con tanta violencia callejera, nuestro Caudillo no tuvo más remedio que sublevarse junto a una buena parte del ejército patriota, con los que logró expulsar a los enemigos de España. No lo olvidéis nunca. Y ya, sin más demora, comenzamos con la clase de hoy...

En las clases de don César principalmente resaltaban las materias de Religión, Gimnasia y de Formación del Espíritu Nacional, y ya, en segundo lugar, las Matemáticas, Ciencias Naturales y Gramática, siendo Curro el único que lograba buenos resultados, ya que, además de la atención que prestaba a todas las explicaciones de don César, le bastaba repasar un par de veces las materias del día para sacar en los exámenes notas de prodigioso.

«Lástima que el muchacho no hubiese tenido la oportunidad de comenzar en el colegio a su debido tiempo porque seguro que hubiese llegado muy lejos en la España de las oportunidades que tan sabiamente gobierna Franco», le comentaba don César a Juancho las pocas veces que tenía la oportunidad de cruzar alguna palabra con él. «El chaval es un máquina; un caudal de inteligencia lleno de voluntad de futuro que sería necesario explorar, porque esa maravillosa orquestación de inteligencia que tiene, sin dobleces, es lo que la España del Movimiento necesita. En las seiscientas cincuenta páginas de la *Enciclopedia Álvarez* de segundo grado no hay materia que se le resista. Desde la Historia Sagrada a las Ciencias de la Naturaleza, pasando por los Evangelios, Lengua Española, Aritmética, Geometría, Geografía e Historia de España, en cualquier examen que tenga, sin aparente esfuerzo, es capaz de sacar de un nueve para arriba sin despeinarse», desgranaba los elogios don César, a veces irónico, a veces intelectual, pero siempre con aires de sapiencia. El único defecto, si podía considerarse defecto, según la versión del maestro, era la candidez de Curro. Dotado con una mochila solidaria hacia sus compañeros muy distinta a la que en contrapartida recibía de ellos, habían existido situaciones en que por proteger a cualquiera de sus colegas había sido capaz de responsabilizarse de su trastada por considerarla justa. Y a don César, semejante concepto de compañerismo y responsabilidad,



por edad y positivismo, le resultaban torpes e impropios de un crío. Opinión contraria a la de Juancho, su padre, ya que este contestaba a don César que él prefería a su hijo así, solidario, recio y viril; eso sí, que en su singular concepto de la responsabilidad fuese más prevenido y no un mojigato de fácil engaño, como muchas veces le había sucedido.

Al acabar la jornada del día, gustaba a Juancho rodearse de su familia a la luz de los primeros rayos de luna, y en noches de agradable temperatura sentarse en el pórtico de la casa, uniéndose a las pitanzas de la cena perfumes de azahar, de hierbabuena y alábega, una costumbre que de recién casados comenzó a practicar con la persona que le había abierto de par en par las puertas de su paraíso particular, Fuensanta, su Fuensanta del alma. Tiempos aquellos donde, entre tiernas miradas y donaires a la noche, marido y mujer se dejaban encandilar por sus propios cuerpos. Con el paso del tiempo y la llegada de nuevos miembros a la familia, en el mismo lugar y a las mismas horas, la costumbre continuaba y, aunque las pláticas estuviesen adaptadas a la nueva situación, el cabeza de familia continuaba desgranando toda una suerte de historias huertanas, fábulas y vivencias con sombras de aquelarre.

«Y le dije mirándole a la cara: suelta eso o te rompo la muñeca...».

Totalmente metido en la harina de la historia, Curro asentía sin tapujos a su padre, endureciendo las mandíbulas y achicando los ojos como pidiendo más explicaciones de la historia.

—¡Jo, qué gente! —tradujo sus temores a gestos y, por confusa simbiosis con la historia de su padre, tales gestos le hicieron llevarse las dos manos a los bolsillos del pantalón, obstruyendo su abertura como si quisiese impedir que un ladrón invisible pretendiera robarle. Su padre le miraba de reojo y sonreía ante su aspaviento de prevención espontánea, aun cuando en realidad prefería que su hijo fuese así, desconfiado y viril, hombre de raza y huerta frente a la malicia que solía emplear la gente de la capital. No obstante, Juancho sabía que, pese a la desconfianza inicial de su hijo, en

cuanto alguien de amplia sonrisa se acercara a sus inmediaciones, el muro de su ceñuda actitud cambiaba, y más si la persona en aproximarse era una de las mujeres que pululaban por los alrededores del Mercado de Verónicas, muy dadas a la ajustada vestimenta y sonrisa fácil, y, sobre todo, al trato erógeno con la clientela. Todavía se acordaba de la caja de tomates que le fue robada por las artimañas de los rateros que hacían su agosto en torno a los descuidos de los agricultores que llegaban a la plaza a vender sus mercancías. Y ese día, los descuideros, sabedores de la sana inocencia del hijo del carretero, no tuvieron recato en utilizar los atractivos atributos de la muchacha morena y guapetona, algo más joven que Curro, pero bastante más adulta en actitudes y vestimentas. La joven, convenida con el grupo de ladronzuelos, formada de cuerpo y redondeces desde incipiente adolescencia, apenas contaba con catorce o quince años, pero las precocidades de la naturaleza parecían haberla despertado ya para el amor y sus incongruencias.

Además de los adornos innatos de su belleza, la joven engalanaba su cabeza con una abundante melena de largos tirabuzones que se encogían y alargaban como muelles de goma bajo el empuje del viento, un viento fresco, procedente de la cercana huerta, que enredado entre sus tirabuzones le daba aura de diosa. «De casta le viene al galgo», solían decir aquellos que la conocían, ya que, además de bella, la joven tenía la picardía de su progenitora, la Juli, la puta más famosa de la calle Magdalena. Mujer que su propia profesión, tanto en los lechos de amor pagado como en su vida ordinaria, la había ido forjando de pocos escrúpulos. Y la hija, criada en la escuela familiar, si no se le conocían las singularidades de la madre, quizá porque esta no quería que la hija siguiese su propia carrera o quizá porque la reservaba para proyectos mayores, lo cierto era que, salvo pequeños robos, muy posiblemente a espaldas de sus madre, llevaba una vida paralela a la de muchos jóvenes del barrio.

La mañana de autos la joven vestía blusa de vivos colores y botones dorados, con la visera de la gorra de trapo hacia un lado dándole el toque desenfadado y pícaro que a más de uno le llama-

ba la atención, entre ellos, a Curro. Esa mañana complementaba sus vestimentas con otros añadidos, donde mezclaba motivos de ciudad con adornos de campo. Por encima de la camisa se adivinaban claramente las precocidades de una juventud que clamaban libertad. Y la joven, que ya sabía el gancho que desprendían sus atributos, caminaba con bandera de pendejo, basculando el trasero de un lado a otro con el convencimiento de que tanto sus caderas como pechos serían lo primero que la mente del joven evocaría en sus noches de insomnio antes de quedarse dormido. Y la técnica utilizada ese día, consistente en un burdo pero efectivo plan, se puso en marcha de inmediato, notándose en la joven, de sonrisa picarona, un evidente deseo de convertirse en diana de la mirada del joven Curro mientras, cada poco, fingía detener sus pasos para anudarse las cordonerías de los zapatos con aires de aburrimiento. Una disculpa cruel para las pulsaciones de Curro, ya que, al inclinarse la joven, la abertura que dejaban los tres botones desabrochados de su camisa dejaban asomar parte de sus nacarados senos con el convencimiento de que los ojos del fornido huertano, como las abejas que revolotean antes de libar la flor, se posarían en ellos en un estado de hipnosis total; momento en que la joven, controlando la situación de reojo, lo aprovecharía para acercarse a las inmediaciones de Curro y con picardía infantil más que veteranía adulta, tener un encontronazo con él como si de un accidente casual se tratase. El pecho de la joven se estrelló en el antebrazo del huertano. El calambrazo de emociones le traspasó la camisa, llegándole la llamarada eléctrica a la columna vertebral y de ahí directamente a la entrepierna. En el momento culmen de su desconcierto, Curro no tenía claro si la joven era una pícara desvergonzada o, por contrario, él un tímido apocado y sin experiencia. Lo que él traducía como gente de huerta. El siguiente paso le despejó las dudas. No contenta con el resultado, la joven del peinado en bucles, con vocecita mimosa y pegajosa inflexión de voz, comenzó a desabotonarse otro botón de su camisa, dejando que nueva porción de carne nacarada y tersa quedara a la vista

del joven, sabedora que aquella acción de alto voltaje, tal y como había visto en su madre muchas veces, conseguiría derrumbar los muros más inexpugnables donde pudiera refugiarse la voluntad de muchos hombres antes de comprender que estaban siendo manipulados. Y en el caso del joven huertano, ni por asomo sería capaz de adivinar sus intenciones. Era más, la sensual imagen de Pepi la trasladaría a la noche, convirtiendo su mente en la pantalla cinematográfica donde se proyectaría un alud de frases de puro erotismo.

—¡Uy! Qué tonta soy, perdona mi torpeza, pero no te he visto —dijo irónica, dándole un beso picado en la mejilla, de más de cinco segundos, como tributo compensatorio.

Para Curro fue como una bocanada de aire de poniente, una fumarada de horno que le arreboló el rostro conforme respiraba el aroma que desprendía su cuerpo. Aquella sonrisa le había atrapado sin ningún tipo de ataduras, y lo más maravilloso, lo más real, la sonrisa era para él, toda suya, le sonreía a él, no a la gente que iba y venía por su alrededor ni tampoco a los puestos de mercado que a gritos reclamaban clientes. Le sonreía a él y el calambrazo de emociones era suyo. No hubo necesidad de más provocación, la llama ya había prendido y Curro, alucinado, no tardó en perder de vista la mercancía del carro, ocasión que aprovecharon dos compinches de la joven para robarle la caja de tomates de Muchamiel. Pero ese día lo tenía claro, no ocurriría lo mismo. Si las dos veces anteriores les había dado resultado, esta vez los estaba esperando y, como cogiese a alguno de los rateros, se iban a enterar de la dureza de sus puños.

Cierto era que la última vez que le robaron la caja de tomates la mañana estaba muy avanzada, y ese día apenas si el sol había empezado a irrumpir por encima del Hotel Victoria, aun así, con las mandíbulas endurecidas y la mirada aviesa, parecía querer transmitir a todo aquel que se acercara a menos de cinco metros del carro que no sería bien recibido. Era posible que la rudeza de su comportamiento, socialmente, no fuese muy de recibo, pero su padre lo prefería así, hombre de raza frente a la malicia que solían utilizar las gentes de la capital.

Después de estar esperando el momento en que los jóvenes rateros se dejarían ver, muy posible en compañía de la joven de pechos de nácar, por las horas que iban siendo esa mañana se iba sin ver a la mujer en cuyo cuerpo parecían almacenarse todas las tentaciones del mundo. Unas tentaciones que desde el día que la vio por primera vez se le habían grabado a fuego en la memoria. Sus pechos diamantinos, su beso de seda o el mimbreo de su cuerpo eran ascuas para su imaginación, lujuria para sus deseos, hasta tal punto que muchas noches, nada más acostarse, se le activaban todos los resortes de su excitación, teniendo que ofrendar sus desahogos al diablo mientras se recreaba viéndola pasear su cuerpo entre algodones de placer. Cerraba los ojos y podía verla desnuda, describir su cuerpo, pero también las guedejas de su cabello descansándole sobre los hombros, el arco terso de la espalda, la gloriosa curva de su trasero y el escorzo de sus muslos. Con la visión de su pubis negro casi al alcance de la mano le llegaban los puñales del placer; luego, más tranquilo, continuaba pensando en ella con la calma del derrotado, llegando a la conclusión que hasta era muy posible que todos los mejunjes que llevaba sobre el rostro también los hubiese robado en alguna tienda cercana, y, aunque estaba seguro que aquella joven era flor descarriada, deseos de muchos y placer de privilegiados, las erecciones le seguían martirizando las primeras horas de sueño, teniendo que desahogarse con demasiada frecuencia en la soledad de su camastro.

Siempre había envidiado a los personajes de historias oídas entre los mozos de la zona que decían acostarse con cualquier mujer, dándole la misma importancia a su «proeza» que la de tomarse un vaso de cerveza o naranjada, y les había envidiado porque estaba seguro que si alguna vez se presentaba la ocasión de acostarse con la joven de sus sueños, seguro que no la podría olvidar; era más, para él era una certeza que, una vez conseguida, la sola idea de perderla le haría sufrir. ¿Tendría novio? ¿Quiénes serían sus verdaderos amigos? Estaba seguro de que aquella jauría de desechos que la acompañaban las dos veces que había sufrido el robo de

los tomates no podían formar parte de su mundo, ya que en tanto ella era un capricho para la vista, aquellos engendros de suburbio parecían formar parte de la mamarrachada del barrio. Imposible que ella, por más que la utilizaban como gancho para sus hurtos, formara parte de semejante pandilla.

Le hubiese gustado verla de nuevo para aclararle que si las dos veces anteriores habían conseguido quitarle la caja de tomates era porque él había querido, pero que de tonto tenía lo justo, y los próximos tomates no se los quitaría, se los regalaría él mismo a cambio de poder salir de paseo con ella. Eso sí, que quedara bien claro, si salían de paseo, tendría que ser con las intenciones de la gente bien, con formalidad, y quién sabía si con el tiempo y los paseos terminaban siendo novios. Con estos pensamientos por medio, cuando su padre regresó junto a él después de haber descargado las hortalizas en el mercado y cobrar la mercancía, la multitud ya comenzaba a arremolinarse por los alrededores, a moverse frente a los puestos de la plaza chocando las cestas y capazos de compra entre ellas.

Otra actitud que no llegaban a entender ni Juancho por madurez ni Curro por bisoño era la de arremolinarse la gente por el pasillo central, obstruyendo el paso a los demás, lo que muchas veces generaba tremendos encontronazos entre los clientes; incluso la gente agrupada, en su ir y venir, tropezaba torpemente contra los mástiles que soportaban los toldos de los puestos de venta y, como era lógico, también tropezaban contra los improperios de los tenderos, que veían peligrar el frágil techo que los protegía de la lluvia o el sol y, lo que era peor, con los empujones ahuyentaban a los clientes que, indecisos entre comprar las peras o los tomates en ese puesto o en de la competencia, más de una vez habían sido arrollados por el embate brutal de alguno de los transeúntes que, con la mirada puesta donde no debían, chocaban contra los puestos de venta y, entre «Has sido tú o ha sido aquel», venta que no hacían.

Cada día que después de descargar en la plaza de asentadores de San Andrés tenía que ir al Mercado de Verónicas a llevarle la

mercancía al hermano de don Jesús, Curro descubría un mudo distinto, algún detalle nuevo entre aquella concurrencia desordenada de puestos de venta, donde se alternaban las medias de cristal y la bragas de señora con las espinacas, alcanciles, présoles y coles; pero si aquel crisol de productos dispersos le llamaban la atención, lo que realmente le confundía era la forma de venderlos, y no solo por su exposición al cliente, también por el griterío de enjambre desperdigado utilizado para llamar su atención. Vocerío que normalmente se sobreponía al rumor confuso y monótono de las cientos de conversaciones cruzadas y sostenidas por toda la calle. Unos gritos hilarantes o foscos que parecían ofrecer sus productos con mal humor, con ánimo de perros. Como era el caso del vendedor de melones del puesto que en ese momento cruzaban frente a él. El mercader gritaba con excesiva exageración sobre el sabor de los melones recién traídos de La Mancha, y para demostrar lo ricos que estaban, del melón que tenía partido encima del resto, cortó una buena tajada, devorándola con la rabiosa fruición de no haber comido nada en cinco días. El melonero comía y gritaba a la vez:

—¡Melones manchegos de Villaconejos! ¡Melones de La Mancha! —En cada grito que pegaba salpicaba medio metro en torno suyo con la pulpa del melón, chorreándole por la comisura de los labios un zumo blanquinoso que, desbordado en la cavidad bucal, recorría su barbilla y papada hasta desaparecerle por el ennegrecido cuello de la camisa.

—De La Mancha dice el tío, como si los melones de La Mancha fuesen bocado de dioses... ¿Villaconejos, La Mancha? Solo el nombre ya tira para atrás. ¿Cómo algo que viene de una mancha va a estar bueno? —resumía Curro en su ignorancia conforme escuchaba las exclamaciones del vendedor, en tanto que este, ajeno a los reproches de Curro, con voz altanera intentaba vender sus productos como si mencionar la procedencia de la mercancía fuese el mejor reclamo.

Qué poco sabía aquella gente del sabor autentico de un buen melón de huerta, reiteraba Curro en su pensamiento, y si el cultivo

lo había realizado su padre, y abonado con basura de cabra, es que sobraba toda propaganda. Vamos, que no había comparación. Por algo las hortalizas criadas por su padre gozaban de tanto prestigio entre todos aquellos que conocían sus propiedades, y no solo eran los jugosos tomates, los pimientos, berenjenas o patatas del país, también sus verduras frescas gozaban de un merecido prestigio cuando estas las llevaban al mercado. Los haces de espinacas, las coles blancas y rizadas destilando jugo de agua clara entre la envoltura de hojas; los enormes apios de larga cabellera, rábanos o zanahorias tenían aceptable acogida entre los mayoristas del mercado. Lástima que las cosechas fuese tan escasas, resumía Curro.

Últimamente le ayudaba su hijo Curro en las labores agrícolas, pero para arrancarle a la tierra cualquier producto, en tanto su vecino Rafael Margal utilizaba modernos arados para cultivar o arrancar las patatas, a él destripar los caballones a azada para sacar la graneada cosecha de patatas siempre le resultaba laborioso y cansado.

Intentaban salir de Murcia, camino de la huerta, a la hora en que el sol encumbraba el día. Otra vez tarde, pensaba, ya que cada vez que se les hacían esas horas pasaba lo mismo, aun con el carro vacío se veían en la necesidad de avanzar lentamente y con mucho cuidado entre una muchedumbre que, bien por comprar, o bien por pasar el rato curioseando entre los puestos de venta, se concentraban alrededor del Mercado de Verónicas. La gente, habituada a semejante situación, se iba apartando con desgana, a veces incluso rozándose con los propios vehículos o carros de transporte. La misma circunstancia se estaba dando ese día cuando Juancho y Curro, uno con las manos en el torno de frenada del carro y el otro en las riendas de las mulas, lentamente y con gesto de resignación trataban de avanzar entre la muchedumbre, gritando a unos y otros para que se apartaran. A veces, con sus brazos de carreteros por delante, a codazos y empujones se iban haciendo paso sobre el murmullo confuso y monótono que les llegaba por todos lados.



En aquella selva de gritos e imprecaciones los vendedores ambulantes sin puesto fijo en el Mercado de Verónicas, con la estridencia de sus exclamaciones o llamativos toques de corneta trataban de llamar la atención de los potenciales clientes, intentando vender su mercancía como si de una ganga traída de mundos lejanos se tratase.

Otros personajes que necesitaban de los tumultos para hacer su negocio eran los carteristas; con estudiados choques fortuitos o empellones accidentales aligeraban de peso a sus víctimas.

—¡Al ladrón, me ha robado la cartera! ¡Al ladrón! Ha sido ese de ahí, el de la gorra y blusa negra —gritaba el robado, señalando hacia un hombre mal encarado, quijada inferior adelantada y desaliñada barba de quince días. El sujeto, aunque parecía disimular mirando el puesto de un vendedor de bufandas, con la mano derecha acababa de tirar la cartera a los pies de una mujer de obesidad blanda y cutis terso cuya barriga de tres pisos, camino de cuatro, le obligaba a caminar tirada hacia detrás. Lucía la señora en los dedos un surtido de sortijas falsas mientras con aire de fastidio, a codazos y empujones se abría paso entre la muchedumbre, cubriendo con su corpachón a un chiquillo enganchado a su mano. El chiquillo, también rollizo, el lustre de su cara y las moscas revoloteando alrededor de la nariz eran divididos por dos plateados chorros de mocos que le invadían el labio superior, pero poco parecía importarle al niño rollizo, él, a lo suyo, con la mano libre sujetaba el bocadillo que se iba comiendo con glotonería de lobežno.

Curro, que miraba a un lado y otro con ojos inquietos, no tardó en localizar al carterista. De inmediato hizo intención de soltar el torno del carro y salir corriendo en pos de él, pero el grito de su padre lo paró en el acto.

—¿A dónde vas tú? —increpó sin ocultar su malestar—. ¡Ni te muevas del freno del carro! El dinero de la cartera seguro que ya está a más de doscientos metros de aquí, el carterista se lo habrá dado a su compinche, y ese, a otro u otros, y ahora mismo es muy probable que el ladrón esté más limpio que una patena. Y

ahora, después de que tú lo cojas o impidas que se vaya, vendrán los guardias y tendremos que ir todos a la comisaría a declarar. El ladrón, que ya habrá pasado por la comisaría más de una docena de veces en este año, lo negará cien veces, saldrá libre y nosotros permaneceremos sentados ante el guardia declarando: «¿cómo te llamas?, ¿de dónde eres?, ¿cuál es tu dirección?» y cincuenta datos más necesarios para completar el formulario de la declaración. Con suerte, pasaremos más de dos horas ante el guardia y, entre pitos y flautas, seguro que llegamos a casa de madrugada. A todo esto, que el carterista no se haya quedado con tu cara y te espere con sus amigos otro día. ¿Te has enterado? Así que ¡ni te muevas del carro! Y estate atento a todo aquel que se acerque al carro, porque lo de la cartera hasta puede ser una táctica de distracción para intentar hacerse con el dinero que hoy hemos sacado. ¡Putos carteritas!

Sintonizando su pensamiento con la escena del robo, instintivamente Juancho se palpó bajo la axila, comprobando con alivio que la cartera continuaba en su sitio. Aun así, mientras trataba de alejar a una abeja que revoloteaba sobre su cabeza, volvió a ordenar a su hijo:

—Estate atento a tu alrededor. —Ante el acoso de la insistente abeja, Juancho comenzó a alejarla a gorrazo limpio, dándose cuenta que la abeja podía proceder de un puesto de venta de miel no muy lejano.

—¡Miel de azahar! —gritaba el mercader, frotándose las manos en el incoloro mandil, colgado del cuello, para borrar los efectos pegajosos de la anterior venta—. ¡Miel de romero! ¡Miel de tomillo blanco! ¡Miel de jaras! —voceaba el mielero como si las numerosas abejas, apelonadas sobre la boca de los búcaros de hojalata, estuviesen depositando su delicado producto en las vasijas.

Curro volvió a sujetar el freno trasero del carro sin rechistar en el momento en que sobrepasaban el puesto de castañas asadas y mazorcas de maíz.

—¡Caztañaaz calentitaaaz gallegaz! ¡Panochaaaz azadaaas! —ceceaba la vendedora, dejando escapar agudas exclamaciones por

entre unas encías desdentadas que la obligaban a pronunciar las palabras recargadas de aire—. ¡Caztañaaz calentitaaaz! ¡Panochaz azadaaaz!

—¡Dátiles de Elche! ¡Riquísimos dátiles de Elche para la anemia del neene, de la abueeeela o el matrimonio! Dátiles de...

—¡Bragas de algodón!, ¡medias de cristal y calcetines con elástico! ¡El medieeeeero! ¡Señoooooora! ¡Ha llegado el medieeero! ¡Bragas de algodón, medias de cristal...!

La gente se iba apartando lentamente conforme los perchero-nes que tiraban del carro se les echaban encima, hasta que por fin consiguieron alejarse de los alrededores del mercado, del griterío y del tumulto de la gente, dejando atrás el último puesto donde una mujer mayor, con pañuelo a la cabeza y atuendos oscuros, trataba de redondear la desafinada orquesta del griterío ambulante.

—¡Garbanzos torraos recién hechos y avellanas de la boda! ¡Almendras mollares de Bullas y nueces de Nerpio sin familia! ¡Seño-  
ra, aproveche la ocasión, que me quedan pocos! ¡Torraos recién hechos y avellanas de la boda, almendras mollares de Bullas y nueces de Nerpio sin familia! —gritaba sin cesar el mercader pese a que dos clientes esperaban turno en el puesto para ser atendidos.

—¡Padre! —El fuerte grito de Curro desde la zaguera del carro se sobrepuso al clamor que les llegaba de la mercadora—. ¿Qué quiere decir nueces sin familia?

—¡Sin gusanos, hijo, sin gusanos!

—¿Cómo sin gusanos? —volvió preguntar con los ojos ensan-  
chados por la curiosidad y el estridente rechinar de las ruedas del carro.

—Quiere decir nueces sin gusanos en su interior.

—¡Ah! ¿Acaso abre una a una todas las nueces para saber si tie-  
nen o no tiene gusanos en su interior? —Estuvo a punto de seguir preguntándole a su padre, pero como el disparejo pavimento de la calle hacía que cada vez las ruedas del carro sonasen con más estri-  
dencia, dificultando el entendimiento, optó por dar por concluida su curiosidad justo en el momento en que un par de barrenderos,

con sus escobas de tamujos y retamas, amontonaban a un lado de la calzada todos los desperdicios sobrantes del mercado. Hortalizas pisoteadas, frutas podridas y otros componentes de dudosa composición que hacían al más impasible de los visitantes al mercado encoger la nariz hacia un lado.

En el lado opuesto al Mercado de Verónicas, acariciado por el sol de la mañana, el puente de los Peligros unía el corazón de la capital con el barrio del Carmen.

El día que hicieron juntos el viaje de regreso, cuando todavía les unía la amistad, su vecino Mergal le había contado la historia del puente de los Peligros. Comentario, según le dijo, llegado a él por mediación de otro comentario.

«Antes de ser informado, como casi todo el mundo que yo conozco, pensaba que el puente de los Peligros que salva el cauce del río Segura se llama así por la Virgen de los Peligros, la que tiene su hornacina allá enfrente, en la parte más cercana al barrio del Carmen, cuando en realidad el nombre de puente de los Peligros se debe al peligro que se corría antiguamente al cruzar sobre el puente cuando llegaba la riada».

El puente sobre el río Segura fue construido en el año 1701 a raíz de la gran riada del año anterior, cuando las aguas tuvieron dividida a la capital murciana más de un mes y...

Tras una penosa jornada de más de doce horas, donde ya estaban de pie tres horas antes de que saliese el sol, de nada les había servido estar al amanecer en la lonja, ya que el asentador, como siempre hacía, se había dejado llevar por el color de los billetes que el mafioso de su vecino, don Rafael Mergal, le habría soltado. Lógicamente, los carros de su vecino llegarían a Cabecitos antes del mediodía, pudiendo ser de nuevos cargados por la tarde y estar dispuestos para el día siguiente. Ellos, por el contrario, sacando horas de donde no había, habiendo llegado los primeros a los muelles de descarga, hasta pasadas las diez de la mañana no habían podido dejar la mercancía en la lonja y, lo que era peor, el asentador les

había dicho que llevaban mucho tiempo envasadas, por tanto, su precio había sido ligeramente inferior al de su vecino. Pero aun así, sin bríos ni fuerzas, Juancho volvía contento, orgulloso de los resultados y orgulloso de su hijo, ya que con apenas una quincena de años sobre sus hombros su comportamiento era el de una persona madura y experimentada. Pero si contento estaba de su hijo, de Doloricas no lo estaba menos. Un proyecto de bellezón que iba para monumento huertano. Todavía sin cumplir los diecisiete y ya comenzaba su acicalamiento como una veinteañera, perfilando incluso sus andares con garbo de buena moza. Tenía a quien salirle, el ejemplo más cercano lo tenía en su madre. Su esposa Fuensanta era el mejor ejemplo de cómo retardar el ciclo natural de la vida entre los envites del tiempo. No había nada más que verla en la penumbra de la habitación, tras la parpadeante llama del candil, donde refugiaba su rostro, para darse cuenta de que las cicatrices del tiempo parecían estimular aún más su belleza. Según le confesaba en momentos de intimidad, para no aparentar ser la abuela de sus hijos y que él mismo se sintiera atraído por cualquier pelandusca, trataba de mantener el aire coqueto que, según ella, nunca debería perder una mujer. Juancho estaba de acuerdo. Llevaban juntos casi veinte años y, si Dios lo quería, así continuarían toda la vida.

Cuando el medio siglo agobiaba a más de una huertana, incluso dando por hecho que su tiempo de esplendor había pasado, a la mujer de Juancho no le inquietaba demasiado, a ella le gustaba tener diversos productos de belleza en la leja de su dormitorio con los que disfrazar los años.

Era uno más de la pandilla cuando, retozando y alegres como vencejos cabriolando, empezaron a llegarles los rumores de la fiesta. Entre acordes de guitarras y picados de bandurrias, a la hora en que el sol ya había perdido su batalla con la luna, llegaron al recinto ferial. Solazándose y flirteando con las pizpiretas jóvenes que les salían al paso, entre cientos de huertanos y huertanas remolinadas en muchedumbre, él, como si el gran recinto ferial solo hubiese

estado ocupado por Fuensanta, entre medias de aquella algarabía, de música y jolgorio, la vio radiante, preciosa, convirtiéndola en el centro de su mirada. Ya no había gente ni música, para Juancho se acabó la fiesta, se acabó el jolgorio y el vino, sus ojos y oídos fueron para aquella moza de exuberante cuerpo y belleza huertana que con la alegría de una rosa, rezumando juventud por sus dieciocho primaveras, lo había enredado en su redes. Se miraron y quedó todo dicho, sobran las cursilerías que solían utilizar los señoritos de la capital para saber que estaban hechos el uno para el otro.

«El sábado es su cumpleaños, iba pensando Juancho mientras arreaba a los mulos y hacía planes para el fin de semana. Iremos los dos a la tienda de la tía Guillermina y le compraré el vestido del maniquí que tanto le gusta».

Con la admiración de costumbre, en lugar preferente de su cerebro se veía junto a Fuensanta frente a la tienda de la señora Guillermina, contemplando el empavesado escaparate de telas multicolores y ropa femenina. En el centro de la vitrina, ocupando lugar de preferencia estaba el maniquí vestido con el clásico vestido de huertana, confeccionado con algodón y bordado con ornamentos florales. Posiblemente, para muchos o muchas el modelo pasase por ser uno más de los varios existentes en cualquier desfile huertano, sin embargo, para Fuensanta era distinto; era alegre, colorido, decorado con siete cenefas en seda que dejaba de manifiesto la riqueza de la sericultura en la zona. Era verdad que aquel tipo de refajo, según la tía Guillermina, aunque su precio era asequible para casi todas las economías huertanas, tenía ornamentos y detalles en su confección a los que en otros tiempos solo hubiesen podido acceder a la prenda las clases adineradas.

Enfrascado en sus pensamientos en torno al maniquí, sus atuendos huertanos y el precio, del brazo de Fuensanta se veía atravesando el gran arco de motivos huertanos que daba la bienvenida al recinto festero. El grupo que bailaba jotas murcianas les hacía el pasillo al ritmo marcado por bandurrias, guitarras y violines hasta que terminaban de incorporarse al desfile del Bando de la Huerta de la capital murciana.

Acomodado sobre el pescante del carro, de vez en cuando miraba al cielo, viendo como el día iba cambiando por momentos. Normalmente, a esa hora del día los rayos solares todavía picaban como avispas, pero cierto era que la temperatura estaba bajando rápidamente y el sol parecía limitarse a esquivar los densos nubarrones que impedían reverberar su brillante luz sobre las ramas de los limoneros.

El día, como una noche adelantada, se había ido oscurecido raramente cuando la barraca se perfiló en el horizonte con toda su arrogancia huertana.

En la huerta de Murcia, dependiendo de la disponibilidad económica del huertano, entre los limoneros y naranjos podían verse varios modelos de viviendas, pero las que más proliferaban eran las viviendas pequeñas y con el espacio preciso de habitabilidad, en las que solían vivir los más modestos huertanos.

En la casa barraca de Juancho, encuadrada entre las más corrientes por aquella parte de la huerta, nada más entrar, al primer golpe de vista podía apreciarse un espacio multiusos que hacía las veces de comedor y cocina, incluso de despensa; al fondo, dividido por un tabique de cañas y barro, había otro pequeño espacio destinado a la alcoba. La barraca aumentaba su disponibilidad con un entepiso dividido en dos pequeñas habitaciones donde dormían Curro y Doloricas.

La casa barraca, construida con atobas de barro y paja, reforzaba sus paredes con una capa de yeso encalado además de cuatro machones de piedras de refuerzo, uno en cada esquina. La estructura de la techumbre, a dos aguas y muy empinada, había sido realizada con cañas de la misma huerta sujetas por cuerdas de esparto que, así mismo, en gruesas capas, se cubrían de paja y albardín para que el agua resbalase y no cayera al interior de la vivienda. Adosada a la barraca, Juancho había construido el horno, el fogón y un elemento común e imprescindible en todas las casas de la huerta, una especial pérgola o emparrado de sarmientos, pertenecientes a

una sola parra, que ampliaba la habitabilidad de la vivienda, sobre todo en épocas de buen tiempo.

En espacio cerrado aparte, separado unos diez metros del principal, Juancho había construido la cuadra y el gallinero; y adosado a ellos, protegido también por paredes de atobas de barro y techo de albardín, el retrete.

Como en el noventa por ciento de las casas barracas de la huerta, coronaba el punto más alto de las frágiles edificaciones una pequeña cruz de madera apuntando al cielo.

Históricamente, la constante preocupación del agricultor murciano era y sigue siendo la sequía, esos largos periodos en que las nubes transitan por cielos murcianos sin completar el ciclo: descargar su preciada carga sobre los sedientos campos. Paradójicamente, casi siempre pasado el verano, después de calentarse las aguas del Atlántico o el Mediterráneo, el peligro podría venir por las grandes precipitaciones que en cortos periodos de tiempo se producían.

Como emisarios de la desgracia, el retumbo de truenos y quebrados relámpagos se sucedían una y otra vez tierras arriba, al noroeste de la región murciana. Aun cuando la historia de la huerta murciana estaba jalonada de páginas negras, pocos huertanos podían imaginar que la tormenta que descargaba su furia en la parte alta de la Región, desde hacía más de dos horas, fuese la antesala del infierno.

Los despiertos a esas horas llegaron a pensar que el rumor que se escuchaba al fondo de la tormenta podría deberse a una fuerte ventolera, ya que el viento del oeste, habitual motor de las gotas frías peninsulares, comenzó a soplar a media tarde; sin embargo, el tío Genaro, octogenario, noctámbulo y observador, percibía en el ambiente un retumbo distinto al de los truenos de la tormenta. Un retumbo de terremoto de baja intensidad que le recordaba viejas calamidades. La tragedia que tanto se temía en la huerta, la riada. Y el presagio se confirmó. En la noche oscura el rugido de la primera caracola sonó como el sonido de un carguero al que las bravas olas lo arrastran hacia la escollera, ronco y prolongado. Al poco de



escucharse el primer aviso, lloró la segunda caracola, después otra y otra, sucediéndose sus bramidos como el gallo que eleva su cacareo prediciendo la madrugada. El último toque de caracola sonó más cercano. Sonó allí mismo, situando la tragedia bancales más arriba. Después, llegaron las voces del terror.

—¡¡La ríaaá, la ríaaá!

El grito que provenía de no muy lejos, como los rayos y truenos que se escuchaban en el cercano horizonte, se acercaba poco a poco a la casa.

—¡La ríaaá! ¡Llega la ríaaá!

Muchos ancianos, conformistas con su suerte o incapacitados para el movimiento, se quedaron en el interior de sus casas a la espera de que, como otras veces había pasado, el daño sería soportable tanto para su integridad física como para sus pertenencias, y todo lo más que podía sucederles era que al día siguiente tuviesen que sacar al sol varios enseres domésticos para que se secaran.

Algunas familias, pilladas por sorpresa, con sus gritos y arengas intentaban movilizar a toda su parentela para que estos corriesen hacia cotas superiores, elevaciones que en la huerta solían ser las higueras o cualquier árbol frutal del entorno.

Familias enteras de huertanos salían corriendo hacia la oscuridad, abandonando sus casas con lo puesto; otros, semidesnudos y descalzos, huían aterrorizados en busca de árboles de altura o cotas de niveles superiores a los bancales que les protegiesen de la riada y la muerte que con ella llegaba.

En la obscuridad, el sordo ruido del agua hizo vocear a Juancho con todas sus fuerzas.

—¡Fuera todo el mundo! ¡Fuera de la casa! ¡Corred, corred hacia la casa del tío Mergal!

—¡Padre! ¿Y los animales? ¿Qué hacemos con los mulos y demás animales del corral? —gritó Doloricas asustada.

—No hay tiempo que perder, hay que dejarlos ahí. Seguro que ellos se salvarán. Vosotros, corred hacia la casa del tío Melgaz; es la

única casa que puede aguantar el balamido de agua que se acerca. Tenemos que intentar que el tío Mergal nos abra la puerta para refugiarnos en el segundo piso de su casa. No creo que el agua llegue hasta allí —rugía y vociferaba Juancho intentando dar brío a su gente.

—Vamos, vamos, el agua ya está ahí. —Juancho miraba hacia detrás viendo a escasos cincuenta metros la primera lengüeta de agua, seguida de un gran muro acuoso y turbio, chocando contra las frágiles paredes de su casa. El primer empellón pareció aguantarlo sin dificultad, ya que la ola se partió en dos partes, saliendo cada parte por un lado de la casa. Poco duró su erguida figura, el tiempo en que el seco barro de las atobas se reblandeció. Apenas un minuto después, las furiosas aguas perforaron la pared que mayor ímpetu recibía, penetrando en el interior de la vivienda. Cinco minutos después la casa entera se vino abajo con un pequeño estrépito que apenas si sobrepasó al del bramido del agua. Juancho corría desesperado, mirando con el rabillo del ojo hacia detrás, al ver el agua tragarse su casa. Como si el golpe del agua lo hubiera recibido en pleno pecho, rugió de dolor. También el gallinero, hecho de tablas de madera, flotaba sobre las aguas. Estuvo oyendo el balido de las dos cabras y el cacareo de las gallinas hasta que estos fueron engullidos por la furia de un remolino de aguas y barro. Solo los tres patos conseguían mantenerse sobre el furor de la gran ola que, en su avance, arrasaba o hacía desaparecer bancales y casas.

—¡Corred, corred! El agua nos alcanza.

El primero en llegar a la casa de ladrillo de la familia Mergal fue Curro, después llegaron Fuensanta y Doloricas. Aumentando el desasosiego familiar, la puerta de la verja exterior estaba cerrada con el cerrojo, que a su vez ensartaba un grueso candado por el orificio que tenía en el exterior de pestillo.

—¡Padre! No podemos pasar, la puerta está cerrada.

—¡Tío Mergal, tío Mergal! Soy Juancho, abra la puerta, el agua nos traga. Tío Mergal, por el amor a Dios, abra la puerta. ¡Llega la riá!

Nadie contestaba a su ruego, sin embargo Curro creyó ver como el visillo interior de una de las ventanas se había movido. En su desesperada búsqueda de algo que pudiera servirle para abrir la puerta, al pie de la verja, emergiendo entre la hierba, vio un trozo de hierro retorcido. Lo agarró y lo introdujo entre la puerta de hierro y el cerrojo, haciendo palanca entre ellos. Tuvo que hacer varios esfuerzos antes de que el cerrojo saltara y la puerta cediera.

La avanzadilla de la riada apenas si distaba de la familia cincuenta pasos.

Franquearon la plazuela frente a la edificación y corrieron hacia la casa, encontrándose como la parte externa de la puerta que daba acceso a la casa estaba claveteada a otro suplemento de madera, posiblemente con la finalidad de protegerla de la riada.

Nuevamente se movió el visillo interior antes de que la pequeña abertura de la ventana terminara de cerrarse.

—¡Abra, señor Mergall! ¡Por lo que más quiera, abra la puerta, que nos ahogamos!

La puerta permaneció cerrada cuando llegó la riada. El corte de agua, de más de tres metros de altura, golpeó la espalda de Curro, aplastándolo contra la pared, pero su mano ya se había aferrado a la reja de la ventana, y aun quedando por unos segundos sumergido en el agua, no se soltó. Quien no tuvo tanta suerte fueron Doloricas y su madre, la gran ola que abría paso a la riada, arrastrando todo cuanto se interponía a su paso, se las llevó por delante, siendo engullidas por la turbulencia de los remolinos. Curro aguantaba como podía aferrado a la reja, unas veces bajo el agua y otras respirando sobre ella hasta que un trozo de tronco le golpeó la cabeza, su vista se enturbió y todas las imágenes de su alrededor modificaron sus relieves, convirtiéndose en una nebulosa blanca que le borraba la visión. Apenas si podía coordinar sus pensamientos, ya que en realidad lo único que resonaba en su cabeza era como el mundo se venía abajo y el entorno se cubría de agua y muerte. No sabía el tiempo que había permanecido inconsciente bajo el agua y menos aún qué fuerza lo había impulsado hacia la espuma y el

aire, tampoco entendía cómo había salido de aquel infierno, sin embargo, al fondo de sus vaguedades se repetían una y otra vez la imagen elíptica y difusa de su madre y hermana braceando entre los remolinos de agua hasta desaparecer bajo los espumarajos de la muerte. Después nada, solo brumas y agua.

No sabía si se hallaba flotando o braceando, sobre el agua o bajo ella, solo sabía que sus pulmones necesitaban aire. Hubo un momento en que pudo sacar la cabeza y respirar con usura antes de quedar sumergido nuevamente bajo el agua, el fango y la extinción. Ignoraba el tiempo que estuvo sumergido antes de la llegada del nuevo remolino que lo impulsó hacia la vida. Expulsó agua y aspiró aire, repitiendo el ciclo varias veces antes de quedar sumergido de nuevo. Se encontraba al límite de sus fuerzas cuando su mano consiguió aferrarse a algo sólido y firme. Dos segundos, tres, si acaso cuatro, la nueva turbulencia le retorció el cuerpo, obligándole a soltarse, a abandonarse de nuevo a la fuerza del agua y sus espumarajos sucios. Flotando entre cadáveres de animales, entre enseres y cachivaches, un hálito de fuerza pareció activarle de nuevo los brazos; los agito, braceó y con la punta de sus dedos tocó algo consistente. El tronco de la higuera quedó encerrado entre sus brazos, consiguiendo mantenerse a flote aferrado a su eventual salvavidas.

Hacía rato que el grito de las caracolas habían enmudecido, dejando paso a los clamores de auxilio por todos lados. Hubo un momento en que los hachones, las lámparas de carburo y de aceite rompieron la obscuridad con destellos siniestros, arrancándole a las sucias aguas refulgencias de muerte.

Pasada la primera avalancha, el nivel del agua pareció descender un poco, aun así, donde horas antes había huerta, caminos entre naranjos y limoneros..., donde antes había vida, después solo había tragedia, desolación y una gran capa de agua de más de metro y medio de altura que lo cubría todo. Los gritos de socorro hacía rato que se habían ido espaciando, sustituidos por plegarias y peticiones imposibles hacia el Supremo. Cada poco, a los rezos y plegarias se unían los juramentos, maldiciones de impotencia ante la

realidad que mostrada la catástrofe. Poco a poco, en lenta agonía, juramentos y súplicas fueron decayendo hasta quedar el entorno enmudecido.

Juancho, aferrado a la reja de forja, con medio cuerpo en el agua, sin rendirse al desaliento continuaba sus lacónicas llamadas entre la oscuridad el agua y el fango.

—¡Fuensanta, Doloricas, Curro! ¡Fuensantaaa, Doloricaaaa, Currooo!... Fuensantaaa...

—¡Padre, padre! Estoy aquí. Estoy aquí, en el quijero del brazal subido en la higuera.

—¿Has visto a tu madre y a tu hermana? —requirió asustado, con el nerviosismo del miedo sobre el cuerpo y la locura del terror reflejada en los ojos.

—¡Nooo! —contestó Curro, contemplando entre el pavor y la escasa claridad el espectáculo que bajo la higuera el agua había ido arrinconando. El flácido cuerpo de una mula había encallado sobre el retorcido tronco, a su lado flotaban dos gallinas muertas, también utensilios caseros, aperos de agricultura y múltiples objetos inidentificables que avanzaban o retrocedían entre el incierto rumbo que las aguas imprimían en sus dominios.

—No te muevas de ahí hasta que amanezca —escuchó a su padre—, esperemos que con la llegada del día el nivel del agua descienda y podamos reunirnos con mamá y tu hermana. Estoy seguro que habrán podido refugiarse en algún lugar. Estarán subidas en algún árbol esperando que alguien las ayude.

Las últimas palabras de su padre, más deseos que realidades, las escuchó Curro enredadas entre sollozos de impotencia.

El desánimo de Juancho era infinito, pasando en cuestión de segundos de las imprecaciones más abruptas a las plegarias más piadosas mientras el sordo rugido del agua iba amainando poco a poco. Hacía rato que solo el chapoteo de los cuerpos flotando rompían el silencio de la noche.

Con los ojos inundados de lágrimas y desesperación vio cómo su hijo, con el agua a la cintura, medio nadando o arrastrando los pies,

se iba acercando hacia él. Cuando apenas le faltaban tres metros para llegar hasta donde se encontraba, Curro se detuvo, dando una resurtida al sentir que algo blando rozaba su cuerpo. El cadáver que salió de entre las ferruginosas aguas, envuelto de hierbajos y lodo, se encontraba boca abajo. El empuje de una ola le dio la vuelta y el impacto de la visión no pudo ser más terrible. La cara sonriente y angelical que siempre había acompañado a su madre había desaparecido, era otra persona, una persona con los ojos abiertos y el pelo desgredado flotando sobre las ondulaciones del agua, alejándose las guedejas de cabello para al poco regresar desmadejadas para cubrirle parte de la cara. La rodeó entre los brazos y la aplastó contra su pecho intentando reanimarla, darle vida, darle el calor de su cuerpo para que retornara a la vida, pero las manos que tanto amor habían dado, que tantas caricias había repartido, colgaban inertes como ropa tendida, y el tierno corazón que por tantos había latido, en esos instante de dolor respondía con el silencio. No se lo creía, no quería creerlo y continuó limpiándole las brozas de su rostro, retirándole la guedeja de pelo enlodado para asegurarse de la tragedia. Miró a su alrededor buscando luz, una luz que enfocara al rostro que tenía entre las manos, pero fuera de su entorno más inmediato la noche era como un intangible tintero negro donde no había ni luz ni pluma capaz de describir la pena que sentía.

Entre un viento calmo y oleaje manso, el ambiente olía a ozono y a fango ferroso, y la tormenta, ya lejana, con su ingesta eléctrica y truenos destructivos continuaba al fondo del horizonte rugiendo a cada resplandor, descargando su furia al otro lado de la sierra del Garruchal. Solo cuando el viento cambiaba de dirección retornaba el polvo acuoso al rostro de Juancho.

Al este de la huerta murciana, sobre el Cristo de Monteagudo, temeroso e intermitente, el sol intentaba hacerse un hueco entre el celaje de la bruma, una niebla aterrada que a la llanura de la huerta daba aspecto de mar en calma. Cuando por fin los destellos solares lograron recuperar un poco de espacio, dejaron al descubierto la terrible desgracia que se cernía sobre la huerta.

La nueva brisa de la mañana, húmeda y laxa, transportaba olores diferentes a días anteriores, cambiando el genuino aroma del azahar por el ferruginoso olor del barro.

Entremedias del lodazal y los cañizos, la pleamar de la riada comenzó a allanar sus olas de muerte, ofreciendo de la huerta murciana una nueva perspectiva de destrucción donde, como andrajos de feria o barquitos de juguete, flores de cañizos ondeaban en las copas de los limoneros y charcos de agua.

